

EL ECO DE CARTAGENA

Sábado 18 de Febrero de 1882.

LA DECADENCIA DE ESPAÑA

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVI
A IGUAL ÉPOCA DEL SIGLO XVIII.

IXVII.

La seguridad individual no estaba más garantida en las costas que en el interior del reino, á causa de las piráticas correrías que hacían en ella los berberiscos, gente muy cono- cedera del terreno por ser en su ma- yor parte de los moriscos expulsa- dos. Las más castigadas de tales agresiones eran las de Granada, Mur- cia, Valencia y Cataluña; puede de- cirse que en sus aguas no imperaban otras fuerzas que las de los piratas, pues nuestros buques de guerra, ocu- pados por lo regular en lejanas em- presas, tenían el litoral casi siempre abandonado. Así era de ver que mien- tras asombrábamos al mundo con formidables armamentos, y el pabe- llón español paseaba triunfante de uno á otro continente, los corsarios de la Berbería se enseñoreaban ufa- nos de nuestras costas, cayendo so- bre las poblaciones indefensas para ejercer sobre ellas el robo y el pilla- ge. Las costas españolas llegaron á ser para los mahometanos lo que des- pues las de Guinea para los traficantes negreros.

El mismo rey D. Felipe II, hallán- dose en Valencia en el año mil quinientos sesenta y cuatro, presenci-ó, el apresamiento de un navio rica- mente cargado en el momento de echar el ancla en aquel puerto. Has- ta allí se atrevió el turco «Ajajá», que á fuerza de audacia y de bravu- ra había hecho célebre su nombre en nuestras playas, rodeando al buque español con seis barcos de á dos ór- denes de remos. Después se le vió remol- car tranquilamente su presa, diri- giéndose hacia el peñon de Velez, gua- rda y arsenal de la piratería.

No menos célebre el temible «Mo- rato Ruez», no hay puerto español donde no se guarde memoria de sus hazañas; y no solamente los puertos: más de una vez se vieron á sus se- cuaces remontar el Ebro, el Júcar y aun el Segura y saquear pueblos si- tuados á más de diez leguas del mar. En el año mil quinientos noventa y cinco fué preciso para ahuyentar á aquel atrevido pirata toda la acción mancomunada de las galeras de Es- paña de Génova y de Malta.

Pero indudablemente el más fo- roz de todos los piratas que en aque- lla época infestaban nuestras costas fué un renegado de la Calabria, lla- mado «Cigala.» Este gozaba de tal re- putación militar que Selim II llegó á confiarle flotas de sesenta y ochenta buques con destino al saqueo de

las costas de la Sicilia, del reino de Nápoles y de España. Su solo nom- bre espantaba, y á la noticia de su aproximación, huían las gentes que- dando desiertas las aldeas, las villas y aún poblaciones más grandes. También dejaron por este tiempo fu- nesto nombre otros dos renegados «Da'i Mami» griego y «Asan» Aga, veneciano. De este último fué esco- vo cerca de seis años nuestro imor- tal Cervantes.

Puede juzgarse cual sería la situa- ción del comercio de cabotaje. Cam- panella propuso á Felipe II la crea- ción de una nueva orden de caballe- ría destinada á proteger la Mari- na mercante, y en un célebre escrito que le dirigió, le aconsejaba emplear á los segundo gémitos de las familias nobles y recompensar á los que más se distinguieran, confiriéndoles gra- dos en el Ejército; pero el Monarca preocupado en los cuidados esterior- es, ni siguió el consejo de Cam- panella, ni tomó resolución alguna pa- ra poner á sus súbditos al abrigo de la audacia de los berberiscos, resultando de aquí que el co- mercio entre Barcelona y Valencia, entre Alicante y Murcia, y entre Murcia y Málaga, se fué perdiendo á poco á poco, lo propio que sucedió con las pesquerías porque los pesca- dores, faltos de todo amparo no se atrevían á salir del círculo de sus playas. La almadrava de atunes de Couil, que hubo año que produjo al duque de Medina-Sidonia ochenta mil ducados, en el reinado de Carlos II apenas si daba ya ocho mil. El abandono de estos ramos de riqueza, trajo consigo también la extinción de los buenos marineros, reclutados has- ta entónces entre los pescadores.

Los catalanes fueron los que más principalmente sufrieron las conse- cuencias de tal estado de cosas. En tiempos antiguos enviaban sus con- sules á Túnez, al Cairo, á Constanti- noplá y á Alejandría; y ciertamente que los descubrimientos de la Amé- rica y de la ruta marítima de las In- dias, en nada hubieran menoscaba- do su comercio, de no haberse so- metido á la corona de Castilla. Aquí empezó verdaderamente la ruina de sus negocios mercantiles, pues for- zados por los castellanos á tomar par- te en sus guerras y en sus desas- tres, para nada se cuidaron de aso- ciarlos á su tráfico con la Nueva Es- paña y el Perú. Reducidos así al co- mercio del Mediterráneo, no tarda- ron los laboriosos hijos de la Catalu- ña en ver interrumpidas sus rela- ciones de levante por los turcos y los berberiscos; y la conquista del Egipto por Selim II; la formación de las Regencias de Argel, de Túnez y de Trípoli, que fué su consecuencia inmediata, y las victorias navales al- canzadas por los turcos sobre las flotas reunidas de España y de Ve-

necia, los escluyeron de los merca- dos de Alejandría, de Esminay y de Constantinopla. El temor de los cor- sarios que después infestaron nues- tros mares las retrajo de emprender largos viajes, y muerto su comercio de levante por los turcos y los ber- beriscos, y el de las Indias por el monopolio castellano, la Cataluña tu- vo que encerrarse en sí misma, lle- gando almás profundo aniquilamien- to de que no pudo reponerse hasta el advenimiento de los Borbones.

Las provincias litorales del mar At- lántico, objeto fueron también de iguales agresiones de parte de los pi- ratas. El moro Fanar atravesó en mil quinientos setenta y tres el es- trecho de Gibraltar, siguió hacia Por- tugal, y habiendo llegado á las cos- tas de Galicia sorprendió las peque- ñas villas de Mungia y de Comariñas que redujo á cenizas, y vendió á sus habitantes como esclavos. Esto acon- tectó casi al mismo tiempo que Don Juan de Austria se hacia dueño de Túnez, á los dos años de la batalla de Lepanto. El 5 de octubre de 1606 llegó un corsario árabe hasta la em- bocadura del Tajo y se apoderó de una carabela portuguesa anclada en el puerto de Cascaes. Los armadores de la Rochela estuvieron ejerciendo sus correrías por más de sesenta años por las costas de Asturias y de Vizcaya, en son de represalias, lle- vados de su odio calvinista contra el «demonio del medio día», que así lla- maban los reformistas á Felipe II, ya saqueando los pueblos indefensos, ya apresando nuestros buques mercan- tes. Cuando Lanoue llamado «bra- zo de hierro», cayó en poder de los españoles, fué encerrado en el casti- llo de Limbourg, donde le hicieron sufrir seis años del más cruel cautiverio, recordando la persecución que había hecho á nuestros buques sien- do gobernador de la Rochela.

La victoria de Richelieu puso tér- mino á las piraterías de los rochele- res; pero los berberiscos continua- ron molestando las costas de Gali- cia y de las provincias inmediatas; no fueron solos, más de una vez con- currieron con ellos algunos armado- res ingleses en sus empresas de des- pojo. «La Margarita», cuyo carga- mento importaba cerca de dos mil- lones de escudos de oro, fué atacada en mil seiscientos sesenta y cinco, cerca de Sanlúcar, y casi á la vista de los otros galeones, por cinco bu- ques corsarios, de los cuales tres eran berberiscos y los otros dos ingleses. Bien dicen luego: ¡Dios los críal... El botín se repartió en Tanger de esta manera: el dinero y la cochinilla pa- ra los moros; el buque, con el palo campeche, el cacao y las demás mer- caderías para los ingleses. Los pri- sioneros en número de cuatrocientos fueron vendidos como escla- vos.

Cuando esto sucedió, la España había llegado ya á la más completa impotencia; no había en Cádiz bu- que alguno de guerra que se hallase en estado de salir al mar; y el con- de de Castriño, presidente del Con- sejo de Hacienda hubo de decir, en vista de lo exhausto del Tesoro, que era preciso renunciar al sostenimien- to de la armada naval. No quedaba más arbitrio que esperar á que los corsarios berberiscos cayesen en po- der del duque de Beaufort, á quien Luis XIV había encargado de ahu- yentarlos del Mediterráneo; pero ta- les disposiciones tuvieron más de política que de sinceridad, por que en los intentos del monarca francés no entraba el volver á atacar á los argelinos; y si tomó bajo su protec- ción los galeones de las Indias, fué por que sus súbditos iban interesa- dos en ellos, segun todo se compene- ba claramente por la carta que escri- bió á su embajador en Madrid, mar- qués de Narcourt, la cual decía:

«Envío órdenes al conde de Estress, de preparar las diez naves que se os han pedido, conducir las el mis- mo, ó ponerlas al mando del caba- llero de Coetlogou, para que salga al encuentro de la flota que esperan los españoles, tan luego como le ha- gais conocer que el rey de España lo desea. Al mismo tiempo le advier- to que si encuentra los buques de Argel cuando se haya reunido á la flota de España, declare al coman- dante, que estando mis súbditos con- siderablemente interesados en ella, espero que los argelinos no la inquie- tarán en su paso, y que si lo inten- tan no deberá sufrir que mis súbditos esperimenten semejante perjui- cio á la vista de mi pabellon. Le or- dengo sin embargo, no atacarlos pri- mero, sinó esperar que sean ellos los agresores si tienen esta temeri- dad. En cuanto al pedido que ha he- cho el cónsul de España, de desalo- jar á los argelinos del Cabo de San Vicente, no puedo satisfacer sin de- clararles abiertamente la guerra, y sin contravenir por consecuencia á la promesa que les he hecho de de- jarlos en paz.»

No se comprende tal dechado de respeto, tratándose de una raza ab- yecta, oprobio del mundo civilizado, que en el interés de todos debió es- tar el hacerla desaparecer de sobre la faz de la tierra, ó cuando ménos empujarla hacia el desierto, como su más digna morada entre los tigres y los chacales, desposeyéndola para siempre de las riberas del mar.

Así lo entendió la política de otro soberano de esa misma nación, si- glo y medio después. La conquista de la Argelia es un hecho que nun- ca agradeceremos lo bastante á Luis Felipe I; juzgúele como quiera la historia, la humanidad, le recordará siempre agradecida.

MANUEL GONZÁLEZ.